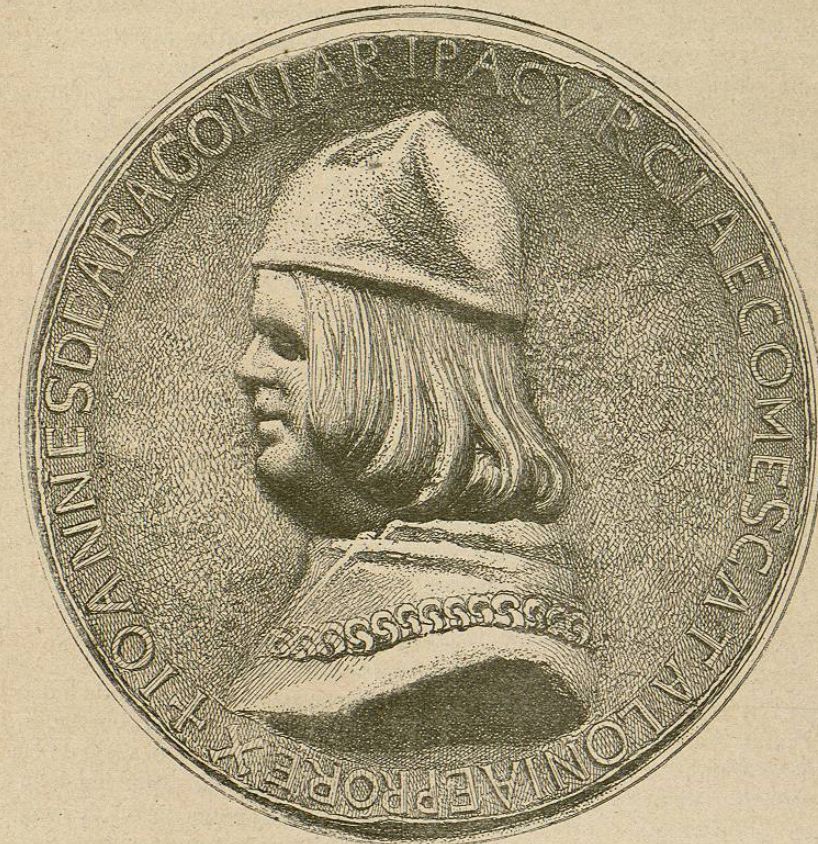


que aceptaran su hegemonía los príncipes italianos, pero en España su ansia de dominación arrastró a peligrosas aventuras de guerras y de conquistas que le hicieron descuidar los verdaderos intereses de Francia.

Ya hemos visto que Juan de Aragón había usurpado en 1441 la corona de Navarra, que de derecho correspondía a su hijo Don Carlos (1) y que en 1458 había además empuñado el cetro de Aragón. Su dureza para con su hijo y su ambición, que tan cara costaba a sus

de tierra para hacerse enterrar.» A los nobles aragoneses les prometió respetar sus privilegios si le aceptaban como señor. Juan de Armagnac fué á Madrid á solicitar la renovación de la antigua alianza franco-castellana y á exponer al rey Enrique IV los derechos que Luis XI afirmaba tener por su madre, nieta de Juan I de Aragón, «sobre los reinos de Aragón y Valencia y sobre el principado de Cataluña.» El rey escribió á los catalanes que el reino de Navarra era «parte de la corona de Francia,»



Juan II de Aragón

súbditos, habían desencadenado contra él una revolución violenta; la muerte de Don Carlos, acaecida un mes después de la consagración de Luis XI, reavivó la guerra civil: estallaron disturbios en Zaragoza; en Navarra, el partido poderoso de los «Beaumonteses» se negó más que nunca á reconocer á Juan y al conde de Foix, Gastón IV, designado por él heredero de aquel reino, y por último, los catalanes decidieron separarse de Aragón y constituirse en república.

Luis XI, que ya antes de su advenimiento se había procurado en Cataluña «muchos buenos y leales servidores (2),» creyó llegado el momento oportuno de despojar al rey Juan: «Le echaré fuera de todos sus reinos, decía, de tal manera que no le quedará la menor porción

pero no se atrevió á decir otro tanto de Cataluña, de la Cerdeña y del Rosellón, que San Luis había cedido, por virtud de un tratado, á la corona de Aragón (3), y se limitó á enviar al gobierno insurreccional de Barcelona dos embajadores para proponerles su protección (octubre y noviembre de 1461). Luis XI, que conocía la riqueza agrícola y comercial del principado de Cataluña y de Rosellón, iba á perseguir, durante largos años, la conquista del mismo.

Los catalanes, muy celosos de su independencia, que era casi completa bajo el régimen aragonés, habrían preferido someterse á Juan II que á Luis XI; así es que rechazaron los ofrecimientos del rey de Francia, el cual cambió entonces completamente de rumbo y firmó con Juan II una serie de tratados (4), prometiéndole un

(1) Véase pág. 752 del tomo II. El tratado de Barcelona (1455) desheredó á Don Carlos y su hermana Blanca, en provecho de su hermana menor Leonor, condesa de Foix, que, á la muerte de Juan de Aragón, debía poseer con su esposo Gastón IV la corona de Navarra.

(2) Relación de un agente del delfín publicada por J. Calmette, *Documents relatifs à don Carlos de Viane*, «Mélanges de la Ecole de Rome,» tomo XXI, pág. 469.

(3) Tomo II, pág. 231. Véase Brutaills, *Conditions des populations rurales du Roussillon*, 1891, Introducción y pág. 267.

(4) Tratado de Olite (12 de abril de 1462) para la cuestión de Navarra, y tratado de Bayona (9 de mayo) para la del Rosellón (Calmette, *La Question du Roussillon*, «Annales du Midi,» 1895 á 1896). El ejército prometido por Luis XI atravesó los Pirineos en 21 de julio.

ejército para someter á sus súbditos rebeldes, mediante doscientos mil escudos de oro, y debiendo recibir, en garantía del pago de esta cantidad, los condados de Rosellón y de Cerdaña. Por otra parte, Juan II confirmó la sucesión de Navarra á la casa de Foix, con menosprecio de los derechos de su hija Blanca, á quien envió á Francia en calidad de prisionera, y en el mismo momento, el primogénito del conde de Foix se casó con Magdalena, hermana de Luis XI. Este, merced á tales convenios, esperaba obligar á los catalanes á arrepentirse, anexionarse el Rosellón y apoderarse algún día de Navarra. «Páreceme que no he perdido mi escote,» escribía; mas no contaba con el valor de los catalanes ni con la astucia y la energía de Juan II, de aquel anciano pequeño y medio ciego que fué uno de sus más temibles adversarios.

Los catalanes, indignados por aquel pacto por el que se invocaba el auxilio de los extranjeros para combatirles, se apercibieron á una guerra sin cuartel. El numeroso ejército, cuyo mando confió Luis XI á Gastón IV, no pudo apoderarse de Barcelona y quedó rápidamente extenuado á causa del clima y de las privaciones. Entonces surgió una complicación imprevista: el rey de Castilla, á quien solicitaron Blanca y los catalanes, aquélla para que recogiera sus derechos sobre Navarra y éstos para que se proclamara su señor, invadió Aragón, y Luis XI consiguió que se firmara una tregua en 13 de enero de 1463. El rey de Francia consideraba perdida la causa de Juan II y creía obra fácil, en lo sucesivo, arrebatarle Cataluña, para lo cual necesitábase únicamente dejar á un lado á Enrique IV, sin por ello romper la alianza franco-castellana; y apelando á los procedimientos insidiosos que tanto le gustaban, propuso su arbitraje á los dos reyes. Juan II, agotados sus recursos, no pudo negarse á aceptarlo, y los dos consejeros más respetados en Madrid, el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, reducidos por argumentos cantantes y sonantes, obtuvieron el consentimiento de Enrique IV. La sentencia del monarca francés disponía que el rey de Aragón había de conservar todos sus Estados, salvo el cantón navarro de Estella, que en concepto de indemnización se daría á Enrique IV.

Aquella sentencia descontentó á Enrique, á los rebeldes y al mismo Juan II y no proporcionó á Luis XI las ventajas que esperaba. Libre ya de las pretensiones castellanas, el rey de Francia dejó de sostener á Juan II y descubrió sus proyectos al gobierno de Barcelona: «Si en el principado se hablase otro idioma que el catalán, decía, él no se ocuparía de nada más; pero si los catalanes se veían libertados y separados de los castellanos y solamente hablaban el catalán, entonces él, que era verdadero catalán de origen, por parte de su madre, haría cuanto pudiese por la felicidad de Cataluña, cosa que sería muy fácil porque entre los catalanes y él no había montañas.» Pero los catalanes, como más tarde los flamencos, no dieron oídos á sus palabras y buscaron un señor menos poderoso, acudiendo sucesivamente al condestable de Portugal, que en vano solicitó la ayuda de Francia, y al duque de Lorena y de Calabria, Juan de Anjou. Luis XI, con la esperanza de obtener algún día de la casa de Anjou la cesión de Cataluña, apoyó al duque de Calabria con su diplomacia y con sus armas (1466-1470). En cambio Juan de Ara-

gón se alió con todos los enemigos de Luis y sus intrigas contribuyeron, después del tratado de Peronne, á reanudar en Francia la coalición feudal. La muerte del duque de Calabria, ocurrida en 16 de diciembre de 1470, en el momento en que Luis XI preparaba la invasión de los dominios borgoñones, decidió al rey de Francia á desistir de sus proyectos sobre Cataluña; al fin y al cabo, las cuestiones del Rosellón, de la sucesión de Castilla y de la sucesión de Navarra eran más que suficientes para ocupar su actividad.

Los roselloneses y los ceretanos habían hecho en 1462 causa común con los catalanes y se habían negado á aceptar la dominación francesa; pero, abandonados á sus propias fuerzas, fueron rápidamente sometidos, capitulando Perpiñán en 9 de enero de 1463 y Puigcerdá en 16 de junio. Los perpiñaneses enviaron á Luis XI una embajada para reclamar la conservación de sus privilegios y protestar contra la conquista; la respuesta que obtuvieron fué que, sabiendo el rey de Francia que eran aliados de los catalanes y que habían «abandonado al rey de Aragón, su soberano señor, y que no tenían señor, los había conquistado como razonablemente podía hacerlo, por lo mismo que *estaban sin señor. Por esta razón no es necesario que pregunten si el rey es su señor, porque por lo mismo que los ha conquistado, es bien claro que es su soberano señor y que ellos son sus súbditos, sin necesidad de aducir otras razones si no le place (1).» La contestación del rey sólo de un modo accesorio mencionó el compromiso contraído por Juan II; Luis XI prefería invocar el derecho de conquista porque estaba resuelto á no restituir nunca el Rosellón (2). Fácil le habría sido lograr sus propósitos pacíficamente y atraerse á sus nuevos súbditos respetando su espíritu de independencia; pero, en vez de esto, restringió sus libertades, les agobió á fuerza de reclamaciones y despojó de sus bienes á un gran número de familias. También habría podido aprovecharse de los apuros del rey de Aragón, para arrancarle una cesión definitiva de ambos condados; mas olvidóse de esta precaución, y más adelante, cuando prometió su ayuda al duque de Calabria, se declaró «separado de la alianza y confederación con el rey de Aragón,» con lo que, enredándose en las vueltas de su tortuosa política, denunció él mismo el pacto por virtud del cual el monarca aragonés le había empeñado los condados. Por esto en 1472, en el momento en que Carlos el Temerario y sus aliados acometían la empresa de la desmembración de Francia, estalló un levantamiento en Rosellón y Cerdaña, y Juan II, libre del cuidado de los angevinos y vencedor de la insurrección catalana, entró en Perpiñán en 1.º de febrero de 1473.

Durante dos años, una «áspera y cruel guerra» asoló el Rosellón: el ejército francés, alimentado con los víveres que por la frontera se le enviaban, incendiaba los trigos y saqueaba metódicamente el país. «Destrozad, escribía el rey, de manera que no quede un solo árbol con fruto.» Los habitantes se defendieron desesperadamente y al Rosellón se le denominó «el cementerio

(1) J. Vaesen, *Du droit d'occupation d'une terre sans seigneur*, «Revue d'Histoire diplomatique,» tomo I, 1887.

(2) También declaró, en 1463, anexionada á Francia la Cerdaña. M. Pasquier dice que respecto de los ceretanos siguió una política hábil y liberal; pero Calmette discute estas conclusiones.

de los franceses;» al fin, la toma de Perpiñán, en 10 de marzo de 1475, puso término á la lucha. Luis XI encargó á Imbert de Batarnay y á Boffille de Yuge el cuidado de su venganza: soñaba con expulsiones en masa y con saqueos; pero sus consejeros tuvieron el talento de desobedecerle, y Boffille, á quien se dieron poderes de virrey, administró muy hábilmente el Rosellón y la Cerdaña, hasta 1491, y calmó poco á poco á sus habitantes. En 1478, Juan de Aragón fué comprendido en el tratado de paz que en 9 de noviembre firmó Luis XI con Fernando é Isabel de Castilla.

Castilla había sido para Luis XI y para Juan II otro campo de intrigas y de luchas. Enrique IV, célebre por sus infortunios conyugales, no tenía más que una hija, Juana, á quien los castellanos apellidaban la Beltraneja, por suponer que su verdadero padre era Beltrán de la Cueva, y á quien el rey desconoció en 1468, siendo entonces proclamada heredera Isabel, hermana del monarca. El casamiento de Isabel llegó á ser una importante cuestión diplomática, como lo era el de la hija de Carlos el Temerario, y en este punto Luis XI perdió en Castilla su pleito, lo mismo que en Borgoña, pues la sentencia de arbitraje de 1463 le había indispuerto con Enrique IV. Juan de Aragón supo engañar con artificios á Isabel y se conquistó un partido entre la nobleza castellana, y cuando Luis XI envió á Córdoba al cardenal Juan Jouffroy, uno de los buenos oradores de la época, para evocar los recuerdos de la alianza franco-castellana y las hazañas de Du Guesclín, ya era tarde; pues si bien Enrique IV se dejó enternecer y prometió devolver su amistad á Francia, Isabel se negó á escuchar al cardenal, y en 17 de octubre de 1469 se casó con Fernando, infante de Aragón. Enrique IV, que se había opuesto enérgicamente á este matrimonio, siguió los consejos del rey de Francia, anulando su decisión de 1468, reconociendo á la Beltraneja como á su heredera legítima y concediendo la mano de esta princesa á Luis XI para el duque de Guiena, con quien éste acababa de reconciarse. Pero la rebelión del duque hizo fracasar aquel proyecto.

A la muerte de Enrique IV, acaecida en 12 de diciembre de 1474, la mayoría de los castellanos reconocieron como soberanos á Fernando é Isabel. El rey de Francia jugó con dos barajas, negociando con Fernando é Isabel el casamiento de la hija de éstos con el delfín Carlos (enero de 1475), sin por esto rechazar las solicitudes del rey de Portugal, Alfonso V, que pretendía casarse con la Beltraneja y subir con ella al trono de Castilla. En 23 de septiembre de 1475, decidióse Luis XI á conceder su alianza al rey de Portugal, y un ejército francés, mandado por Alain de Albret, invadió Guipúzcoa; pero viendo perdida la causa de Alfonso V, retiró

sus tropas. Las intrigas que, á pesar de la paz de 1478, siguió tramando hasta el final de su reinado, no pudieron impedir que Fernando é Isabel reinaran en Castilla, y en 1479, á la muerte de Juan II, Fernando se ciñó sin ninguna dificultad la corona de Aragón.

Las tentativas de Luis XI para poner á Navarra bajo su protectorado no dieron, por de pronto, otro resultado que malquistarle con el conde de Foix, Gastón IV, heredero y lugarteniente general de aquel reino; pero éste murió en 10 de julio de 1472, en el momento en que comenzaba á ser para Luis XI un vasallo peligroso, y



Sello del rey de Portugal

como le había precedido en la tumba su hijo primogénito, los dominios de la casa de Foix y la expectativa de Navarra recayeron en un niño, Francisco-Febo, que tenía por tutora á su madre, Magdalena de Francia (1). A la muerte de Juan de Aragón y de Leonor (19 de enero y 12 de febrero de 1479), el joven Francisco-Febo ciñó la corona de Navarra, Magdalena fué regente y con ella gobernó el cardenal de Foix, que percibía una pensión de Luis XI. Aquel pequeño reino, despoblado y arruinado por la anarquía feudal, estaba fatalmente destinado á ser absorbido por Francia ó por Castilla. Fernando é Isabel hicieron una vigorosa oposición á los manejos del monarca francés, acerca de cuya influencia en España dice con razón Commynes: «Una parte de Navarra hacía lo que él quería.» En efecto, Luis y Fernando tenían cada uno á sus órdenes uno de los partidos navarros; en cuanto á la prudente Magdalena, seguía una política de concesiones y aplazamientos. El casamiento de Francisco-Febo y sobre todo el de su hermana Catalina, que le sucedió en enero de 1483, dieron ocasión á rudas luchas diplomáticas, pues Luis XI tenía gran interés en impedir que el primogénito de Aragón llegara á ser el jefe de la casa de Foix. Al fin, poco después del advenimiento de Carlos VIII, Catalina se

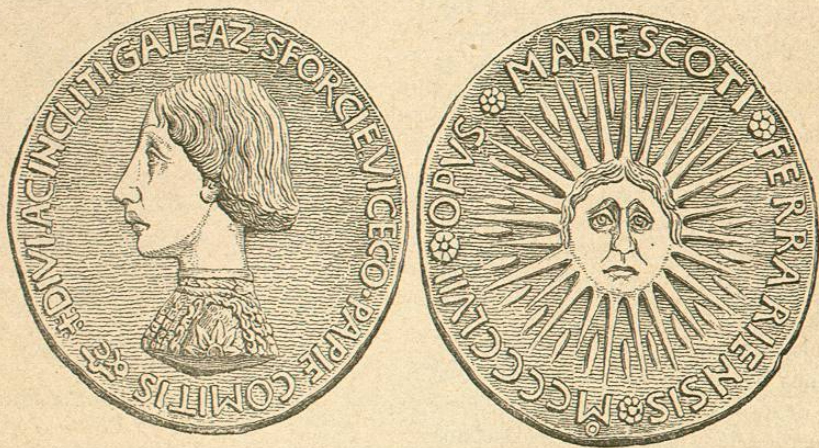
(1) CUADRO SIMPLIFICADO DE LA DESCENDENCIA DE GASTÓN IV
(que tuvo cuatro hijos y cinco hijas)
GASTÓN IV: se casa con LEONOR, hija de Juan de Aragón

GASTÓN, se casa con Magdalena de Francia	JUAN, vizconde de Narbona	PEDRO, cardenal de Foix	JUANA, se casa con Juan V de Armagnac	MARGARITA, se casa con Francisco II de Bretaña
FRANCISCO-FEBO	CATALINA, se casa con Juan de Albret			ANA DE BRETAÑA

casó con Juan de Albret, cuyos antepasados habían «servido virtuosamente a la corona de Francia.» Esta victoria póstuma de Luis XI y la conquista del Rosellón hacían decir a Commines que el nombre de su señor era temido en España: al expresarse así, no podía prever que aquellas ventajas serían efímeras y no compensarían el peligro de la unidad española, ni que el matrimonio de Fernando e Isabel, agravado por el de Maximiliano y María de Borgoña, había de comprometer por largos siglos la seguridad de Francia y la paz de la cristiandad.

Luis XI interesóse durante toda su vida por los asuntos de Italia y se informó del embrollo de negociaciones, alianzas y guerras que sucesivamente apaciguaban

Su unión con la hija del duque Luis, el matrimonio de su hermana Yolanda de Francia con el presunto heredero Amadeo, el «insignificante y mal gobierno» de su suegro, y las tentativas de sus cuñados, sobre todo del inquieto Felipe de Bresse, para apoderarse del poder (1), le proporcionaron pretextos de intervención continua, llegando hasta tener encerrado a Felipe dos años en el castillo de Loches (1464-1466). Después, ocurrió lo mismo con la agitada regencia de Yolanda de Francia, que gobernó durante la enfermedad de su esposo, el epiléptico Amadeo IX, y durante la menor edad de su hijo Filiberto I. Se dice, declaraba Luis en 1463 a unos enviados suizos, «que quiero tener el señorío y la domi-

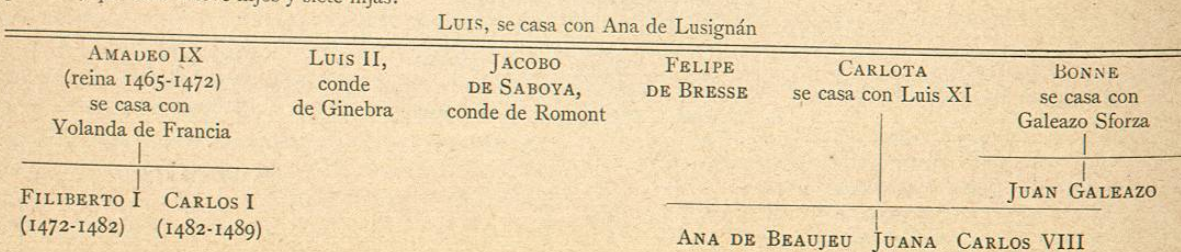


Medalla de cobre con el busto de Galeazo Sforza

agitaban la península; su abundante correspondencia con aquellos tiranos de allende los montes, á quienes bajo tantos conceptos se parecía, nos demuestra hasta qué punto se gozaba en desenredar la madeja de las hábiles astucias de éstos y en explotar sus discordias. Supo, sin embargo, evitar las aventuras y se contentó con una acción diplomática constante que, al fin, le aseguró en Italia el papel de protector y de árbitro. Ciertamente que en los comienzos de su reinado se le creyó resuelto á una política de anexión, á consecuencia de su empresa para la reconquista de Génova; pero en 1463 abandonó sus derechos á su muy querido amigo Francisco Sforza. También trató de quitar á la casa de Orleans Asti en provecho del mismo duque de Milán, y si las necesidades de la lucha que sostenía en Francia contra los feudales rebeldes y en España contra la casa de Aragón le obligaron á respetar las pretensiones de los angevinos sobre Nápoles, por lo menos maniobró de modo que no hubiera de proporcionarles soldados.

Tal vez únicamente Saboya tentó su sed de conquista.

(1) Respecto de la anarquía en Saboya en los comienzos del reinado de Luis XI, véanse principalmente las *Chroniques de Yolande de France*, documentos editados por L. Ménabréa, 1859 (publicación de la Academia real de Saboya, documentos, tomo I), y Fr. Mugnier, *Orgueil féodal, Guy de Feysigny et Jacques de Montmayeur*, 1894. He aquí el cuadro simplificado de la descendencia del duque Luis, que tuvo nueve hijos y siete hijas:



CAPITULO IV

GOBIERNO DE LUIS XI

I. Organos y recursos del gobierno.—II. Relaciones con la nobleza y con las ciudades. Política económica.—III. Luis XI y la Iglesia.—IV. Muerte del rey.

I.—Organos y recursos del gobierno (1)

Sforza, Galeazo, á quien Luis había protegido eficazmente contra los celos de Venecia, tuvo tratos, según hemos visto, con *el Temerario* al par que hacía protestas al rey de Francia de su «amor bueno y leal.» El rey de Nápoles, Fernando, otro pícaro redomado, navegaba entre los dos adversarios, procurando, según él mismo escribía, «un medio tal, que una de las partes quedara satisfecha sin por ello disgustar á la otra.» Yolanda de Francia, alarmada por las incursiones de los suizos y por el favor que entonces dispensaba su hermano á Felipe de Bresse, pidió auxilio á Carlos *el Temerario*, quien fué derrotado en Grandson cuando iba á socorrerla. Vencido Carlos, los príncipes italianos sólo buscaron la manera de abandonarlo. Yolanda, «que era muy prudente y verdadera hermana del rey,» fué la primera en solicitar con empeño la amistad de Luis XI; Carlos *el Temerario* la hizo secuestrar brutalmente en 27 de junio de 1476. El monarca francés, resuelto á emplear todas sus fuerzas para la conquista de los dominios borgoñones, se mostró generoso, libertó á su hermana y se contentó con burlarse de «Madama de la Borgoña;» y en lo sucesivo, sin anexionarse la Saboya, obró en ella como dueño y señor. También en Milán, después del asesinato del tirano Galeazo y durante la menor edad de Juan Galeazo, intervino en la alta dirección del gobierno, y con la esperanza, errónea por cierto, de encontrar en el hermano de Galeazo, Ludovico Moro, un instrumento dócil á la política francesa, favoreció cuanto pudo la revolución que en 1479 dió á Ludovico la regencia.

De todos los príncipes italianos, los Médicis habían sido los más fieles á la alianza de Luis XI. «Los florentinos, escribía éste, se han mostrado y presentado siempre como verdaderos y leales franceses.» Una crisis terrible que atravesó su república, desde 1478 hasta 1480, acabó de convertirlos en clientes de Francia: el papa Sixto IV, queriendo vengarse de Julián y Lorenzo de Médicis, favoreció una conspiración tramada contra ellos por la familia de los Pazzi; en 26 de abril de 1478 Julián fué asesinado en la catedral de Florencia, pero Lorenzo escapó á los asesinos, los cuales fueron muertos; uno de los conjurados, el arzobispo Salviati, fué ahorcado el mismo día, revestido de sus hábitos sacerdotales. De ello tomó pretexto el papa para lanzar contra Toscana sus condottiers y los de su aliado el rey de Nápoles. En vano Luis XI le amenazó con convocar un concilio ecuménico y reunió un concilio galicano en Orleans; Sixto IV imponía como condición para la paz el destierro de Lorenzo. Al fin venció la tenacidad del rey, el cual reconcilió á Nápoles y Florencia y salvó á los Médicis sin enviar un soldado á Italia. Sus embajadores declaraban que «la monarquía de la religión cristiana consistía verdaderamente en su persona;» y en efecto, representaba en Italia el papel de árbitro que allí desempeñara en otro tiempo el emperador, y á pesar de las protestas de Federico III y de Maximiliano, conservó tal carácter, viéndose asediado, hasta los últimos momentos de su vida, por las embajadas que procedentes de allende los montes acudían á su castillo de Plessis. De antemano tenía trazado el programa racional de la acción francesa allende los Alpes: esta era la política del buen sentido, la misma que sus sucesores habían de seguir.

TOMO III

(1) FUENTES.—*Ordonnances*, tomos XV á XIX, 1811-1835. *Lettres de Louis XI*. Pilot de Thorey, *Catalogue des actes de Louis XI relatifs au Dauphiné*, 1899. Fortescue, *De laudibus legum Angliae*, edición Amos, 1825. *Governance of England*, edición Plummer, 1885. Véase también el *Journal des Etats généraux de 1484*, por Juan Masselin, y, en el Apéndice, el Cuaderno de los Estados, edición A. Bernier, 1835.

OBRAS DE CONSULTA.—No hay obras de conjunto ni estudios especiales, salvo la excelente obra de M. Sée, *Louis XI et les villes*, 1891; pero no se puede espigar mucho en los trabajos relativos á las instituciones de Francia, sobre todo en los de Aubert, Picot, Dognon, Spont y Flammermont, citados en las págs. 728, 730 y 737 del tomo II, y en las biografías citadas en la pág. 6.

(2) Texto (en latín) publicado por De Maulde, *La diplomacie au temps de Machiavel*, tomo I, pág. 60, nota 2.